

caballos y bayonetas formado por Napoleón al rededor del enemigo: Ney lo advirtió, aunque la terquedad de Murat le impidió reparar la falta; mas no así Mack, que había perdido la cabeza. El trece de Octubre, Soult llegó á Memmingen, obligando á capitular á Spangen, que defendía esta plaza con siete mil hombres. Elchingen había vuelto á caer en poder de los austriacos; pero Ney la recuperó con gran heroísmo el día catorce, arrebatando el quince al enemigo la meseta de Michelsberg, que domina á Ulma. La situación de Mack se hizo insostenible. El general austriaco Werneck, que había salido de Ulma á batir á Dupont, viéndose aislado de la plaza por los movimientos de los franceses, retiróse precipitadamente en dirección á Bohemia, no tardando en unirsele un numeroso cuerpo de caballería mandado por el archiduque Fernando, que aprovechó la oscuridad de la noche para huir de Ulma. Murat fué en persecución de ambos con sus regimientos de húsares y dragones, por orden del Emperador, el cual intimó á la plaza la rendición, añadiendo que si la tomaba por asalto «tendría que hacer lo mismo que en Jaffa, donde la guarnición había sido pasada al filo de la espada, por ser este el triste derecho de la guerra.» El recuerdo era indudablemente poco tranquilizador, y Mack, medio loco, encerrado en una ciudad mal fortificada, con un ejército desmoralizado y muy reducido por las pérdidas experimentadas y la disgregación de dos de sus cuerpos, el que huía á Bohemia con Werneck y el Archiduque, y otro que había podido librarse de Soult y trataba de refugiarse en el Tirol á las órdenes de Fellachieh, en esta situación, repetimos, Mack se decidió á no resistir; pero al intento de disimular en cierto modo su vergüenza, creyendo ó fingiendo creer en la próxima aparición de los rusos, convino en entregarse prisionero con su ejército si no era socorrido antes del veinticinco de Octubre: ocurría lo expuesto el diez y nueve. Súpose este mismo día que la víspera, alcanzado por Murat, el cuerpo de ejército de Werneck había tenido que rendir las armas, y no se auguraba mejor suerte al archiduque Fernando, perseguido de cerca. Con esto, por una parte, y con la certidumbre, por otra, de que los rusos no llegarían oportunamente, se determinó Marck á abreviar el plazo de la capitulación, la cual se verificó el día veinte, desfilando los restos del ejército austriaco ante Napoleón al pie de la meseta de Michelsberg, según antigua y humillante costumbre, caída en desuso tiempo hacía. En los encuentros precedentes habían hecho los franceses unos veinte mil prisioneros, y las fuerzas capituladas en Ulma ascendían á veintiséis mil hombres; además, se apoderaron de gran cantidad de banderas, piezas de artillería, armas de todas clases y municiones. De un ejército de ochenta mil soldados, no quedaban sino unos veinte mil, dispersos ó fugitivos en diferentes direcciones. El resultado de la genial combinación del insigne capitán era realmente maravilloso. Napoleón había destruido en veinte días, sin librar ninguna gran batalla, el poderoso ejército de Mack. Este triunfo incomparable dejaba indefensa á la monarquía austriaca, que no tenía para su protección sino un ejército austro ruso, cuyas vanguardias, cansadas, ja-

deantes, acababan de dar vista al Inn, y el que estaba en Italia con el archiduque Carlos; pero el primero era demasiado débil para cubrir á Viena, y el segundo, en presencia de lo ocurrido, iba á verse obligado á retroceder al territorio húngaro, sin poder acudir á tiempo de verificar su unión con los coaligados y corriendo gran riesgo de encontrarse cogido entre Massena y Napoleón. Los sucesos de Ulma llenaron de estupor á Europa. Pitt, al principio, no quiso creerlos; mas, al hallar su confirmación en un periódico holandés, mudó de color; hasta el punto que cuantos le contemplaron en aquel instante, dice un testigo, tuvieron el presentimiento de su próximo fin.

La victoria, sumisa á Napoleón en las guerras terrestres, volviale la espalda en las empresas navales, siendo deshecha por este tiempo la flota franco-española por Nelson, en la siniestra jornada de Trafalgar. Villeneuve, como sabemos, había cargado con la responsabilidad de dirigirse á Cádiz, en lugar de hacerlo á Brest, movido del convencimiento que tenía de ser su marina muy inferior á la británica. Napoleón desahogó su cólera por el fracaso del proyectado desembarco en Inglaterra, calificando á su Almirante de traidor y cobarde. El catorce de Septiembre le dió orden formal y directa de salir de Cádiz con la flota combinada, tocar en Cartagena, donde debían unirsele otros navíos españoles; ir en seguida á Nápoles, para apoyar á Saint-Cyr y perseguir los cruceros ingleses de la isla de Malta, y retirarse después á Tolón. Y al día siguiente escribió á Decrés: «Enviad un correo extraordinario á Villeneuve prescribiéndole que ejecute la expresada maniobra... y como su excesiva pusilanimidad no le permitirá emprenderla, mandaréis en reemplazo suyo al almirante Rosily, el cual llevará cartas disponiendo que Villeneuve se presente en Francia á dar cuenta de su conducta». La destitución de Villeneuve no era, pues, irrevocable, como se ha afirmado, sino meramente hipotética. Villeneuve, no pudiendo eludir órdenes tan reiteradas y terminantes, convocó consejo de guerra declarando su resolución de marchar contra el enemigo; los jefes españoles sostuvieron que era imprudente temeridad salir en aquel instante, por el mal estado de la mayor parte de los buques; abrazaron su opinión muchos oficiales franceses de mérito y valor reconocidos, conviniéndose al cabo en hacerse á la vela al primer momento favorable, es decir, cuando el enemigo dividiera sus fuerzas para proteger sus expediciones y su comercio del Mediterráneo. Mas ni esto aguardó Villeneuve; pues noticioso de que Rosily estaba para llegar, dió la orden de partida el diez y nueve de Octubre. La flota aliada se componía de treinta y tres navíos, cinco fragatas y dos bergantines, y se repartió en cinco divisiones, encomendadas respectivamente á Alava, Villeneuve, Dumanoir, Gravina y Magón. Nelson, que mandaba la escuadra inglesa, no disponía sino de veintisiete navíos; mas esta pequeña desventaja en el número se hallaba más que compensada por las condiciones de movilidad y presteza de sus buques, la pericia de sus marinos y los recursos de su genio. El día diez, previendo la próxima salida de Villeneuve, dictó

la memorable orden en que expuso á sus oficiales el plan de batalla que debía seguirse, salvo las ligeras modificaciones que se adoptasen sobre el terreno, y el veintiuno de Octubre se trabó el combate, en las inmediaciones del desde entonces tristemente célebre para nosotros cabo de Trafalgar. Nelson avanzó á toda vela y viento en popa, divididas sus fuerzas en dos columnas, después de dirigir á su gente aquellas hermosas palabras: «Inglaterra espera que cada uno cumplirá con su deber». La batalla generalizóse pronto. Gravina pidió á Villeneuve que le consintiese formar con su división una reserva para acudir á los puestos de mayor peligro; mas el Almirante francés no accedió á sus deseos, previniéndole que se incorporara á la línea de batalla, que, ofreciendo una extensión desmesurada, no le fue difícil á Nelson cortar, como se había propuesto. El *Victoria*, que montaba Nelson, atacó al *Bucentauro*, donde flotaba la insignia del almirante Villeneuve. al mismo tiempo que se defendía del navío español *Santísima Trinidad*, que con sus fuegos le causó grandes destrozos y mucha pérdida de gente; sin embargo, tanto el *Bucentauro* como el *Santísima Trinidad* tuvieron que arriar la bandera. Herido Nelson mortalmente, hubo una corta tregua; pero hecho cargo del mando de la flota inglesa Collingwood, el segundo jefe de la escuadra, se reanuda la pelea. El *Bahama*, el *San Juan Nepomuceno*, el *San Ildefonso* y el *Santa Ana* y otros buques franceses y españoles, cayeron en poder del enemigo ó se hundieron en las olas. Ni un solo navío español dejó de dar pruebas de verdadero heroísmo. También los franceses lucharon con denuedo, debiendo citarse á Villeneuve en esta ocasión como dechado de valor y modelo de serenidad hasta que fué hecho prisionero. En medio de tanto arrojó, no cabe señalar más que una excepción, la de los buques franceses de la vanguardia, capitaneada por Dumanoir, que presenciaron la batalla sin tomar parte en ella, resultando ilesos. Los españoles, en cambio que estaban á su lado, corrieron á ocupar el puesto que la honra y el deber les señalaba. La acción estaba perdida para los aliados, cuando Gravina, que comandaba el *Príncipe de Asturias*, después de sostener largas horas de espantoso fuego, herido, muertos sus principales oficiales, destrozada su nave, ordenó la retirada. Acudieron á la señal el *Argonauta*, el *San Leandro*, el *San Justo* y el *Montañés*, españoles, y el *Plutón* y el *Indomable*, franceses; fueron los únicos buques que regresaron á Cádiz. Del desastre de Trafalgar data la total postración de nuestra marina. Tres de nuestro mejores navíos se fueron á pique durante el combate, y cuatro se estrellaron á poco contra las rocas á causa del recio temporal que se levantó; tuvimos más de tres mil heridos, y el número de muertos excedió de mil, contándose entre los últimos los bizarros y excelentes oficiales Churruca, Alcalá Galiano, Alcedo, Moyua y Castaños: Gravina falleció también en Cádiz algunos días después, á consecuencia de las heridas recibidas. Inglaterra pagó su victoria con la pérdida del gran marino, gloria de su patria, de modo que la desolación de los vencedores igualaba á la desesperación de los vencidos. Nelson, agonizante, pareció

sacar fuerzas de su alma heroica, para no exhalar el último aliento hasta hallarse cierto del triunfo. A los hurras con que sus compatriotas saludaban la caída del *Bucentauro*, se reanimó un momento; llamó al capitán Hardy, y preguntóle: «¿Venceremos?», y al oír á su amigo contestar afirmativamente, se escapó de su pecho un suspiro de satisfacción. Después, atrayéndole hacia sí: «Hardy, le dijo con voz débil, soy hombre muerto...; dentro de breves instantes todo habrá acabado... oid, cuando ya no exista, cortad mis cabellos y llevádselos á mi querida lady Hamilton... y no arrojéis mi pobre cuerpo al mar». Terminada la acción, Hardy volvió al lado del moribundo, y enterado éste del glorioso fin de la jornada: «Gracias á Dios, murmuró; he cumplido con mi deber». A los breves momentos espiraba, entre los sollozos de los circunstantes.

No era hombre Napoleón capaz de dormirse sobre los laureles, de modo que, habiendo anonado al ejército de Mack, fuése á Munich y, en seguida, se puso en marcha hacia Viena, defendida solamente por unos cuarenta mil rusos, mandados por Kutuzoff, á los cuales se habían unido unos quince ó veinte mil austriacos, á las órdenes de Kienmager y de Merfeldt. Estas tropas, fatigadas de las largas marchas que habían hecho, no estaban en disposición de poder disputar á los franceses el paso de los numerosos afluentes del Danubio, por manera que, cuando las avanzadas de Bernadotte llegaron al Inn, vieron que el ejército austro-ruso se retiraba por todos lados: el otro ejército ruso, con Alejandro á la cabeza, estaba aún á larguísima distancia. Los invasores pasaron sucesivamente el Inn, el Salza, el Traun, y ocuparon, casi sin disparar un tiro, plazas fuertes tan importantes como Braunau y Salzburgo. Sin embargo, en los pequeños encuentros que sostuvo su vanguardia, hallaron en los rusos una resistencia y un vigor que no habían desplegado aun los austriacos en aquella campaña. Napoleón estaba en Linz el cuatro de Noviembre, y allí recibió al general Giuly, portador de una carta del emperador Francisco, proponiéndole un armistio; pero como el orgulloso vencedor exigía el abandono de Venecia y el Tirol, el acuerdo no era posible. Ni aun le quedaba al Monarca austriaco el recurso de ganar tiempo discutiendo estas duras condiciones; porque su enemigo, con su implacable perspicacia, pedía como garantía que, antes de entrar en ninguna clase de negociaciones, separase su causa de la de Rusia. Por tanto, aquella tentativa de conciliación no produjo ningún resultado, ni detuvo un solo día la marcha de los franceses. El valle del Danubio va estrechándose más cada vez á medida que se avanza hacia Viena, en vista de lo cual Napoleón, temiendo ser atacado por los archiduques Carlos y Juan, que se suponía estaban en la Estiria, y que Kutuzoff le opusiese resistencia más seria, adoptó las disposiciones oportunas para estar prevenido á cualquier evento; mas los rusos limitáronse á librar los combates puramente precisos para asegurarse la retirada, y los archiduques no se presentaron. Es de advertir que, en Italia y el Tirol, el éxito obtenido había sobrepujado también á todas las esperanzas. El archiduque Carlos permaneció largo tiempo in-